

Arturo Martínez Nateras

#### 4. Por un viraje democrático\*

El Colegio de México es una de las instituciones de estudios de la historia política más prestigiada del país. En una actitud que los enaltece, los jóvenes de la Asociación de Estudiantes abren sus puertas y proporcionan una respetable y comprometedora tribuna a algunos de los sujetos directos de la actividad política. Para nosotros, comunistas, es una satisfacción muy grande estar ante ustedes.

En México, hasta hoy, unos hacen la política y otros la estudian. Existe todavía una separación entre los teóricos, los llamados politicólogos y los actores directos, los militantes. Es provechoso avanzar al encuentro entre la teoría y la práctica acelerando la unión del estudio de la ciencia y el arte de dirigir la vida pública con el actor concreto. Así, ganarán teoría y partidos; en consecuencia, el país recibirá un estímulo en su marcha hacia la democracia desarrollada.

Nos es ajeno el espíritu dogmático. No estamos aquí para dictar recetas y aparentar infalibilidad. Nuestra conducta frente a la reforma política es la de un partido de acción empeñado en encontrar una salida democrática de la crisis. Intentamos actuar con responsabilidad ante el país. Nuestros puntos de vista han buscado y buscan conciliar la oportunidad con los lineamientos revolucionarios más generales, a partir de la apreciación que tenemos de la coyuntura nacional e internacional, de la relación de fuerzas y otros datos que determinan la táctica de cualquier partido político.

Las tesis de un partido basado en la doctrina del socialismo científico son líneas de acción a confrontarse con la práctica, que es el supremo criterio de la verdad. La realidad confirma lo acertado e impone corregir lo impreciso y desechar lo erróneo.

Una advertencia más. No venimos con la pretensión de dictar cátedra; aspiramos a establecer con ustedes y con los compañeros de otros partidos políticos un diálogo auténtico, de modo que nos serán de mucha utilidad las observaciones sobre nuestra exposición y sobre la política del Partido desde el ángulo y la óptica que ustedes tienen.

No me es posible abordar la temática en su totalidad, por tanto me limitaré a las siguientes cuestiones:

\* Intervención de Arturo Martínez Nateras en el Ciclo de Conferencias "La Izquierda Mexicana y la Reforma Política", organizado por la Asociación de Alumnos del Colegio de México el 24 de noviembre de 1978.

1. La línea de viraje democrático y la estrategia al socialismo. La tesis de la nueva revolución y la definición que tienen los comunistas sobre lo revolucionario hoy;
2. El contenido y el significado de la lucha por la reforma política;
3. El gobierno de coalición democrática, y
4. Por qué y para qué vamos a las elecciones.

*La estrategia mexicana al comunismo  
y la línea del viraje democrático*

Es necesario que los políticos mexicanos, tanto dirigentes como cuadros medios, miembros de base y en general toda la intelectualidad mexicana, se disponga a emprender una reflexión teórica adecuada al contexto en el cual se actúa.

Para satisfacer este requerimiento hace falta, en primer lugar, la voluntad intelectual de contar con la historia de México y con todas las fuerzas nacionales de presencia histórica actuantes hoy en el país. El pasado no debe ser transformado en un fetiche. También se nos reclama actuar para abrir nuevas vías al desarrollo político y social de los mexicanos.

En el proceso de elaboración de la estrategia de los mexicanos al comunismo será también necesario un nuevo análisis de las estructuras de la sociedad mexicana; el estudio de las formaciones políticas; de las complejas relaciones que se han formado en lo social y lo político, tomando en cuenta que en política las matizaciones son un instrumento para acertar en el análisis. Lamentablemente hasta hoy nos hemos quedado en las polarizaciones maniqueas que no se corresponden con la realidad nacional.

La vía mexicana al socialismo no puede eludir, en justa consideración, el dato de la vecindad de México con la metrópoli del imperialismo. Tal elaboración teórica requiere también de la precisión de la vía del tránsito al socialismo que conscientemente se proponen recorrer, por la cual se trabaja y para la que se preparan los efectivos revolucionarios de hoy a partir del modelo de sociedad que aspiran a construir en México, a partir de un esquema peculiar de alianzas, problema central, decisivo, de toda revolución. Postulamos y trabajamos en la vida diaria para hacer posible el entendimiento y la convergencia entre todas las fuerzas políticas y sociales: socialistas, comunistas democráticas.

El socialismo tiene en México un atractivo de masas que nos impone la necesidad de elaborar una estrategia que convierta la simpatía en fuerza organizada a partir de un programa claro y viable; de la revaloración científica del papel de la violencia como una tendencia probable sujeta a modificación; de la identificación precisa del enemigo para aislarlo y derrotarlo; de la capacidad para medir las iniciativas y las consignas propias en función del marco internacional, y otra vez, de la relación de las fuerzas. El enemigo, bien lo sabemos, es un complejo pequeño de fuerzas en el cual están los portadores del fascismo; de las soluciones autoritarias, anticonstitu-

cionales o de viraje político a la derecha, así como el imperialismo y sus agentes.

El punto de partida de los comunistas mexicanos está definido. La vía autónoma que aspiramos a transitar es la que difundimos ante las masas. En la sociedad mexicana objetivamente han madurado las condiciones para su construcción; su posibilidad depende únicamente de la fuerza y la organización para promoverlo y realizar la revolución política que le abre paso. De aquí surge la urgencia de dibujar los rasgos principales del socialismo a la mexicana, que concentre las tradiciones de nuestro pueblo y la historia nacional.

Somos partidarios, porque así lo exigen los datos antes expuestos, de un socialismo democrático, pluripartidista y de representación integral. La sociedad mexicana socialista será de convergencia, y en la cual se reconocerán a sí mismo la mayoría del pueblo mexicano.

Por eso debemos luchar hoy por un *gran viraje democrático* renovador de toda la sociedad, que propicie el renacimiento nacional en los marcos de una constitución renovada que funde un régimen del pueblo combinando acertadamente la existencia de una institución ejecutiva presidencial, elegida directamente, con un gabinete y un programa de gobierno sancionado por una Cámara de Diputados plural y proporcional, depositaria de las funciones políticas, legislativas y administrativas colegiadas y nacionales; con un senado, reflejo de un pacto federal auténtico y una corte verdaderamente autónoma y representativa. Estos serían, en lo político institucional, los elementos que pueden hacer posible una vía democrática al socialismo; esto es lo que llamo el viraje democrático. Su posibilidad teórica existe, es innegable; para plasmarla en la realidad se debe construir la gran convergencia nacional de las fuerzas populares.

De lo contrario, el pueblo de México, con la clase obrera a la cabeza, recorrerá los caminos que hoy aparecen como los más probables.

El socialismo mexicano magnificará una nueva escala de valores y retribuciones sociales, económicas y políticas, con nuevas y superiores condiciones humanas sociales y civiles de los trabajadores en lo general y en especial en los centros de trabajo; será un socialismo que respetará el derecho de huelga y la tradición mexicana de cambio de los dirigentes políticos, para lo cual los partidos deben dar ya hoy señales claras de que se oponen a la petrificación, a la dirección unipersonal a través de una vida interna democrática y multilateral y mediante la renovación constante de su cuadro directivo.

En el camino de un viraje democrático que cambie de raíz las relaciones nacionales, nos pronunciamos por *reformas de sustitución* de los esquemas de producción y consumo actuales, contrariamente a la línea del reformismo gradualista, preventivo y de adición o ajuste. En lo político, proponemos la línea de la transformación y el desarrollo. La alternativa económica del viraje democrático sería el empleo total, estable y calificado, como la política más acertada social, económica y humanamente, y la más revolucionaria,

avanzada, eficiente y rentable desde el punto de vista de la productividad social.

### *La tesis de la nueva revolución*

Los comunistas, y en general el movimiento comunista, socialista y progresista de los mexicanos, en ningún momento de su historia ha dejado de luchar por la democracia. Por lo menos, siempre estuvo inscrito en sus programas la edificación de un régimen de esta naturaleza. La principal carencia ideológica, la enfermedad del oportunismo derechista, surgió a consecuencia del abandono de la aspiración revolucionaria durante los años 1940 a 1960; esta omisión es la causa de fondo de la crisis de la izquierda mexicana, que tuvo su fuente en el dogmatismo y en la sumisión a elaboraciones y tesis surgidas fuera de las fronteras nacionales.

Durante largos años estuvimos atrapados en el evolucionismo postulante de la tesis de la vigencia perpetua de la Revolución Mexicana; de su desarrollo intemporal. Decíamos que la ruta al socialismo pasaba por la evolución de este proceso. Fue hasta 1960 cuando el movimiento revolucionario inició la ruptura teórica con el oportunismo. Para fortuna nuestra, precisamente en el PCM se originó la tesis de *la necesidad de una nueva revolución* con la cual se reemprendió el proceso de elaboración conceptual de su carácter, sus fuerzas motrices, su programa y su vía de acceso.

El mes de mayo de 1960, en la resolución del XIII Congreso Nacional del PCM asentamos:

*Los cambios profundos, los que hacen falta, no podrán ser alcanzados, sin embargo, mientras en el poder se encuentren las fuerzas que actualmente gobiernan México. Deberán liberarse las fuerzas productivas que en la actualidad están frenadas por la opresión imperialista sobre nuestro país; esto requiere, en primer lugar, la nacionalización del capital imperialista norteamericano que medra a expensas del pueblo; deberán realizarse profundas transformaciones revolucionarias en el campo; deberá existir un régimen de amplias libertades democráticas, en que el obrero disfrute de todos los derechos sindicales —de huelga, asociación, etcétera— sin restricción alguna, en el que los ciudadanos puedan ejercer sus derechos cívicos sin cortapisa, en el que todo el pueblo pueda elegir a sus representantes en las organizaciones sociales y en los órganos de gobierno, con la más completa libertad; deberá elevarse considerablemente el nivel de vida del pueblo, con el aumento de los salarios, la rebaja en los precios de los alimentos, de los alquileres, etcétera.*

Estos cambios exigen que al frente del Estado se encuentren otras fuerzas, no las actuales, que representan a la gran burguesía aliada con el imperialismo. Deberán estar las fuerzas patrióticas, antimperialistas, democráticas, capaces de imprimir un nuevo rumbo a la Nación. Estas

fuerzas sólo podrán llegar a ocupar la dirección del Estado por el desplazamiento de las fuerzas caducas que, junto con el imperialismo, saquean las riquezas del país. Este proceso es una revolución. Es la revolución democrática de liberación nacional, a la que habrá de llegarse mediante la integración de un poderoso movimiento de frente democrático de liberación nacional.

Concebimos al frente democrático de liberación nacional como un amplio movimiento de masas, como una gran alianza de todas las fuerzas dispuestas a la lucha antimperialista. En el seno de esta alianza debe existir otra más fuerte y decisiva: la de la clase obrera y los campesinos bajo la hegemonía de la primera. El frente único de las fuerzas democráticas y patrióticas adquirirá formas distintas, variadas y flexibles; debe manifestarse en múltiples formas concretas de actuación o de organización en común, que surgirán por iniciativas de diferentes orígenes y de acuerdo con las exigencias de la situación o de un momento determinado de la lucha. Debe concebirse, en consecuencia, como un proceso en marcha.

Existen las fuerzas capaces de integrar el movimiento de liberación nacional: son la clase obrera, los campesinos, la pequeña burguesía urbana y el sector de la burguesía nacional dispuesto a librar la batalla democrática y antimperialista. Conducir a esas fuerzas a la unidad, es una tarea inaplazable de los miembros del Partido Comunista y de los elementos democráticos más consecuentes.

La división que caracteriza a las fuerzas democráticas y progresistas de México constituye un factor negativo para el desarrollo y el fortalecimiento de las luchas del pueblo mexicano, que es apremiante superar.

Cuando las condiciones objetivas nacionales e internacionales favorecen el incremento y la elevación de estas fuerzas y estimulan la aparición y el reforzamiento de múltiples tendencias y corrientes democráticas y patrióticas, la dispersión existente en el amplio campo del antimperialismo y de las fuerzas populares del país viene a facilitar los planes del imperialismo norteamericano y de la gran burguesía reaccionaria contra el movimiento obrero y de liberación nacional.

A partir de entonces se reanuda el proceso de encuentro de la ruta mexicana al socialismo. Del enunciado inicial de la revolución antimperialista de liberación nacional, en el XV Congreso, la definimos como democrática, popular y antimperialista y, en 1973, formulamos la divisa actual que da cuerpo y estructura a toda nuestra actividad.

En las condiciones del México de hoy decimos que en la sociedad existe una disyuntiva general: la crisis de la estructura abre dos posibilidades: una es la solución de la gran burguesía que implica el tránsito al capitalismo monopolista de Estado, y la otra, la que corresponde a la clase obrera y a la gran mayoría de los asalariados y del pueblo mexicano, es la salida democrática y socialista. Ésta es la base de todas nuestras elaboraciones.

Para hacer la revolución no es suficiente la maduración de las condiciones objetivas; es necesaria una situación revolucionaria que definimos como la conjunción de tres factores:

*Uno.* La imposibilidad de las clases gobernantes de mantener inmutable su dominación, la existencia de una grieta por la cual irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que la revolución estalle, no suele bastar con que los de "arriba no puedan", hace falta además que los de abajo "ya no quieran" seguir como antes.

*Dos.* Una agravación superior a la habitual de la miseria y de los sufrimientos de las clases oprimidas.

*Tres.* Una intensificación considerable, por estas causas, en la actividad de las masas, que son empujadas a una acción histórica independiente. Según Lenin, el *conjunto* de estos cambios es precisamente lo que se denomina una situación revolucionaria que se genera objetiva y subjetivamente.

En la teoría del marxismo revolucionario se dice que no toda situación revolucionaria conduce necesariamente a la victoria; que en esos momentos es necesario contar con el estado mayor competente para dirigir el "asalto al cielo". Allí es donde la revolución deja de ser un enunciado para convertirse en una cuestión de política concreta.

A partir de esa tesis se plantea el problema de ¿cómo avanzar en la construcción del movimiento social y político capaz de realizar esa revolución? Aquí pasamos de la doctrina de los postulados teóricos y de los principios a la política concreta: *¿qué es hoy lo revolucionario?*

El dilema real no es el de revolución y la conservación del sistema. Pecaríamos de una irresponsabilidad y un aventurerismo criminal si formuláramos las cosas de esa manera. La disyuntiva actual es ¿van a prevalecer las formas represivas de gobernar o se abre el camino de la libertad política?

Lo que hoy puede alcanzarse con las fuerzas reales del movimiento revolucionario y de los amplios sectores de pensamiento democrático no es la eliminación del sistema capitalista, sino algo más limitado, que acerca aquella tarea y prepara al país para objetivos de mayor envergadura, esto es, la conquista de la libertad política. Para nosotros lo central, lo revolucionario en el momento presente, consiste precisamente en impulsar las tendencias que pugnan por un cambio favorable a la libertad política.

El otro eje que define nuestra táctica, en el sentido más general, es la existencia de una profunda crisis política, que es un concepto esencial para entender la actitud del gobierno actual, de todas las clases, sectores y facciones especialmente las de la burguesía, así como para formular una táctica justa. La crisis tiene por trasfondo el curso que tomará el país y se expresa políticamente en la disputa en torno a los métodos de gobernar; a las relaciones del Estado con la sociedad civil, con los gobernados y sus distintas organizaciones y partidos; a la forma de dirimir los conflictos de clase; a la vigencia de los derechos constitucionales, y a la posibilidad de todas las clases de influir en los asuntos del Estado y la sociedad. La crisis se generó antes del

grandioso movimiento estudiantil popular de 1968, pero fue esta gran jornada por la renovación nacional la que hizo evidente que la aspiración prioritaria de las masas es precisamente la conquista de las libertades democráticas. El PCM como precursor, actor, heredero y continuador del 68; como integrantes de esa generación, seguimos manteniendo esa idea, desarrollándola en la complejidad de un programa político de reforma democrática de la sociedad mexicana.

En síntesis, en México, para abrir el camino al socialismo democrático, pluralista, internacionalista y de hondo contenido nacional, es necesario concentrarse hoy en la lucha por una reforma política democrática que puede significar un gran viraje histórico a la democracia. En ese proceso es necesario vincular la lucha de las masas con la educación revolucionaria, en las tareas viables de cada momento.

### *El contenido y el significado de la lucha por la reforma política*

Al hablar hoy de la relación entre intervenir en las elecciones y la vía revolucionaria, estamos ante el asunto de reforma y revolución, democracia y socialismo, estrategia y táctica.

Los clásicos de la teoría revolucionaria —en lucha contra el oportunismo y con la izquierda dogmática y sectaria, que rechaza todo lo que huele a lucha por reformas, se sale del plano político y se queda en el terreno de la propaganda, del aliento al fuego eterno del comunismo— resolvieron hace ya mucho tiempo esta aparente contradicción. Ante estas desviaciones se colocaron claramente en el punto de los revolucionarios que luchan por reformas correspondientes a las posibilidades del movimiento, al estado de ánimo de las masas, sin soslayar su relación con el cambio revolucionario.

El tema puede tener mucho de estratégico, pero no es esto lo que hoy está planteado. En México ninguna fuerza política nacional plantea hoy una línea sustancialmente distinta a la de conquista de la democracia. A la izquierda, para convencerse de lo anterior, sólo le hace falta revisar los programas de los partidos y grupos: los registrados y los que no cuentan con inscripción electoral. Algunos se definen como partidarios del socialismo, otros se quedan en la democracia avanzada, pero todos coinciden en esa orientación.

Unos son partidarios de aprovechar las posibilidades abiertas por la lucha de las masas por la reforma electoral. Otros hacen como que no las usan, pero no se colocan fuera de una línea de actividad electoral. Las diferencias son de matiz, de conveniencia para el movimiento.

Todos aquellos que están luchando por la democracia desarrollada, están ante el reto teórico de diseñar el proyecto de viraje del nuevo país que construiremos y de la conducta a asumir en el caso hoy hipotético de lograr por la fuerza y el consenso un viraje democrático, alcanzando un régimen popu-

lar. Si en México se instaura un régimen político de amplia democracia, sin dudas deberemos desarrollarlo hasta el máximo. Hacia ese régimen apunta la complejidad social y productiva del país; el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales; las tendencias internacionales y el cambio favorable a la democratización en la relación actual de las fuerzas internas. De ocurrir esto, para lo cual estamos luchando, los revolucionarios tendrán que ser sus más consecuentes defensores y promotores de los nuevos avances y, entonces, en el país se abrirán otras posibilidades de desarrollo socialista.

Los comunistas no somos especuladores, no tenemos vocación de contempladores pasivos. Cuando proponemos la posibilidad de una solución democrática de la crisis política, estamos diciendo que esa perspectiva es la más favorable para la clase obrera, para todos los asalariados y por lo tanto para el país y para todos los mexicanos.

Toda crisis tiende a resolverse a plazos relativamente cortos. En la actualidad distinguimos dos salidas probables y polares; la que mantiene o acentúa las tendencias más reaccionarias del modo de gobernar y la que significa una salida democrática.

La tarea fundamental desde el punto de vista político es abrirle paso a una salida de tipo democrático. Una salida como esa no es la revolución, pero sí nos acerca a ella. Esa salida es factible incluso en los marcos del sistema social existente sólo y a condición de que las masas se movilicen en torno a esta consigna.

La reforma política no puede circunscribirse a modificar los requisitos para el registro de los partidos políticos, aunque esto no deje de ser un avance significativo, como tampoco a promulgar una ley de amnistía limitada. Para una modificación sustancial de las relaciones políticas, por lo menos, sería necesario:

1. Una verdadera reforma electoral que construya un régimen democrático, modificando la LOPPE para abrirle paso a un verdadero sistema de partidos políticos; a un orden de representación proporcional, que deposite todo el proceso en las manos de los autores directos, los partidos y los ciudadanos y elimine de raíz la cobertura legal del fraude realizando la efectividad del sufragio.

2. La amnistía general para todos los presos, procesados, exiliados y perseguidos políticos. La información del paradero y la presentación de los desaparecidos.

3. La libertad sindical, el respeto al derecho de huelga; la libertad de afiliación de los miembros de los sindicatos, y la eliminación de la obligatoriedad de incorporarse en masa a cualquier partido político. La abolición del registro sindical y de todas las disposiciones que permiten la intromisión del Estado en las organizaciones de los trabajadores de la ciudad y del campo. El respeto ilimitado a la sindicalización de los obreros agrícolas.

4. La liquidación de los métodos represivos, en especial de las torturas, las detenciones ilegales y del espionaje político que realizan la DFS, la PJJF y otros cuerpos policíacos. La reforma del Título Segundo del Código Penal Federal que establece y sanciona los delitos políticos. La renuncia a utilizar al ejército como sostén del autoritarismo constriéndolo a sus funciones constitucionales.

5. El respeto pleno al derecho de manifestación, eliminando de los reglamentos de policía y tránsito todas las restricciones.

6. La libertad de prensa y de información democrática y la utilización igualitaria y permanente por los partidos políticos de todos los medios de comunicación masiva como vehículos de difusión y educación política.

Éstos son, en resumen, los puntos de un programa de reforma política que pueden abrir el camino a un viraje democrático de la sociedad mexicana. Ése es el contenido y el significado de nuestra lucha por una reforma política.

#### *El gobierno de coalición democrática*

En el informe del Comité Central del PCM al XVIII Congreso Nacional se propone la orientación política de "avanzar hacia el establecimiento de un *gobierno de coalición democrática*, con una definida posición antimonopolista y antimperialista. . ." Una idea similar fue aprobada en el pleno conjunto con los partidos del Pueblo Mexicano y Socialista Revolucionario. Esta tesis está planteada como un elemento de táctica, como una alternativa concreta por la cual hay que luchar; es también una consigna para estimular la formación de una nueva fuerza política, que exprese otra correlación de fuerzas.

Dicho en otras palabras. Ninguna organización revolucionaria puede avanzar y transformarse en alternativa de poder sin presentarse con la capacidad de ser gobierno, de dirigir al país. Ahora bien, la directiva general arroja un contenido concreto. No se trata del cambio revolucionario, sino de una recomposición de las fuerzas. Si ése no es el gobierno de la revolución, tendría necesariamente que ser un gobierno constitucional. Entonces, la consigna podría adquirir la expresión de una recomposición del gobierno como una de las vías.

Si el movimiento revolucionario quiere avanzar, debe hacerlo a partir de la idea del gobierno concreto que propone para encauzar una salida democrática de la crisis, a menos que nos contentemos con dejar en las manos del gobierno, de la gran burguesía la conducción del proceso.

Sonó la hora de salir de la propaganda principista y pasar a la lucha concreta y directa por una recomposición del gobierno, para lo cual es necesario proponer:

a) Un gabinete de coalición democrática integrado con base en los resultados de las elecciones, dejando fuera a los representantes del gran capital.

En este gobierno deberían participar todos los partidos políticos revolucionarios, democráticos y de base de masas.

b) El PCM ha de manifestar su disposición pública de intervenir en un gobierno de esa naturaleza sobre la base de acuerdos claros, exigiendo el ingreso de comunistas al gabinete. Al manifestar la decisión de intervenir, al mismo tiempo se expresa la reclamación de hacerlo.

Este cuerpo de proposiciones se sustenta y se desprende de una estructura teórica, de un cuerpo de tesis y conclusiones, que definen los participantes de ese gobierno; el papel de las instituciones principales del sistema político mexicano en la vía al socialismo, principalmente a la Constitución, la presidencia, la legislatura, los partidos políticos, el PRI, el ejército, la iglesia, la escuela y los medios de comunicación.

La vía de acceso a tal gobierno no puede ser otra que la electoral democrática. La intención es acabar con el gobierno monopartidista, pues el PRI se ha mostrado incapaz para dirigir al país hacia su desarrollo. En el proceso de la formación de otra correlación de fuerzas es probable que en el PRI se produzca una reforma interna que coloque a sus sectores democráticos en la dirección y le permita, por lo tanto, formar parte de ese nuevo bloque de gobierno. Un PRI sin cambios no puede integrársele y, entonces, el nuevo gobierno no sólo se formará a su pesar, sino en su contra, lo cual planteará otro tipo de enfrentamientos. Por ahora se hace claro que los cambios democráticos, *el viraje*, se abrirán paso a pesar del PRI y de la burocracia sindical, pero no sin ellos y en su contra por la base social de masas, por su carácter reformista y por la presencia en su seno de importantes sectores progresistas y de una nueva generación de dirigentes sindicales que apenas despunta en sus posibilidades.

Una línea como ésta no excluye, sino que presupone, el desarrollo de la lucha de clases y sobre todo de los enfrentamientos políticos para ganar la dirección de la clase obrera, de todos los trabajadores y el apoyo de los más amplios sectores de mexicanos, lo cual no se puede hacer sin un programa preciso de transformaciones, sin una lucha a fondo para cambiar las costumbres políticas del país y, finalmente, sin los tres elementos claves de una recomposición nacional que son:

a) El desarrollo de un partido comunista verdaderamente de masas, dirigente concreto de la clase obrera y de todos los sectores activos de los trabajadores manuales e intelectuales;

b) La unidad de la izquierda en su sentido más amplio como pivote de la unidad de todas las fuerzas democráticas, socialistas y antimperialistas;

c) El desarrollo de un movimiento de masas autónomo, política, ideológica y organizativamente independiente respecto de la burguesía, sin carácter partidista.

No está de más repetirlo. La participación directa de las masas es el motor principal de los cambios indispensables. Sin su acción no hay viraje democrático posible.

*¿Por qué y para qué intervenimos en las elecciones?*

La pregunta no sólo se la hacen nuestros amigos y enemigos de fuera del Partido. Muchos de los cuadros medios y de los miembros de la organización también se plantean este interrogante. ¿Estará el PCM renunciando a su naturaleza revolucionaria? ¿Se volvió acaso un partido electorero que se va a sumar al carro de los partidos tradicionales que canjean sus propósitos por unas cuantas migajas?

Vamos a intentar una respuesta inicial. La discusión con ustedes y con otros compañeros nos ayudará a profundizar nuestras concepciones, a corregir lo equivocado y a expresarnos con mayor claridad.

El punto de partida se ubica en el lugar que ocupa la lucha electoral en la táctica de cualquier partido político. Para nosotros, partidarios del socialismo científico, la intervención en las elecciones no es un problema de principios ni en la forma ni en el contenido.

Estamos curados de cretinismo electoral y también nos estamos inoculando contra el cretinismo antielectoral. No padecemos ese estado patológico caracterizado por trastornos psíquicos que afectan al desarrollo normal de la inteligencia. Hemos intervenido con candidatos sin registro, llamando a votar por una consigna, a la abstención o al boicot. Ahora, por primera vez en 33 años, cuando se nos han restituido parte de nuestros derechos electorales, vamos a intervenir con candidatos registrados.

Algunos dicen que la reforma electoral (así, porque siendo una reforma política no ha ido más allá de ajustes al sistema electoral) es una trampa, que nos vamos a corromper. Aparecieron los políticos que contentos con el papel de "pepe grillo" se convierten en nuestra conciencia y se proponen impedir nuestras desviaciones. Otra posición también equivocada es aquella que limita la reforma electoral de López Portillo a una decisión cupular, producto de la voluntad presidencial. Algunos que se habían opuesto a ella, ahora la califican como gran conquista popular.

La reforma electoral es el resultado de la combinación de varios factores. En primer lugar refleja la correlación de fuerzas; es lo máximo que logró avanzar el movimiento democrático con su potencial actual; no pudimos ir más adelante por la debilidad del movimiento de masas. En segundo término, la reforma es el resultado de la lucha persistente por la democracia que han ofrecido las masas. En ella adquieren actualidad el movimiento de 1968, las acciones de 1971 y todas las movilizaciones sindicales, campesinas y populares. En tercer lugar, la reforma es el fruto de la actuación de todas las fuerzas políticas democráticas de dentro y fuera del gobierno, que al percibir la profundidad de la crisis han venido proponiendo una solución democrática. Finalmente, la reforma es lo que es por la decisión del grupo gobernante de admitir algunos cambios para evitar un mayor deterioro del país que pueda conducir a su desplazamiento de la conducción hegemónica.

En lo general, las reformas tienen un sentido democrático; son un punto de cambio de la curva política contemporánea. Desde 1946 el país vivió un

proceso continuo de endurecimiento legal y práctico encaminado a evitar la formación de partidos políticos y al escamoteo de los derechos populares. La reforma de López Portillo no le restituye sus prerrogativas, no implanta un régimen electoral democrático, pero ofrece algunas posibilidades que pueden y deben ser aprovechadas para avanzar a nuevos cambios y para promover la organización de las masas.

### *Lo nuevo: el registro del PCM*

El registro del PCM es una conquista de todos los mexicanos progresistas. No debe desestimarse que esto representa un avance de alta consideración, máxime cuando se hace después de un discurso en el cual el gobierno reconoce la legitimidad de la corriente marxista a existir en lo teórico y actuar en lo político. Este hecho aún no ha sido debidamente asimilado ni por el movimiento democrático, ni por la intelectualidad mexicana ni por los miembros del propio partido. Todavía hay cierta incertidumbre por el carácter condicionado del registro y por la inercia, por la resistencia mental al cambio. Al salir del arrinconamiento legal las responsabilidades de los comunistas y de todos los partidarios del socialismo crecieron. De ahora en adelante ya no tendremos el escudo de la semilegalidad para ocultar las incapacidades propias. La legalización del PCM ofrece al movimiento obrero una posibilidad de desarrollo político de la que carecía desde los años treinta.

La reforma electoral es simple y llanamente un avance de signo democrático que debe ser utilizado.

En un momento de crisis las masas se incorporan con mayor intensidad a la lucha social y política. Entonces, los partidos políticos deben acudir a todas las formas de lucha a su alcance, a todos los movimientos tácticos que sirvan al desarrollo del movimiento revolucionario, a su fortalecimiento ideológico, político y organizativo. *Por eso vamos a las elecciones.*

Toda formación política obrera, socialista y revolucionaria tiene obligaciones e intereses nacionales. Hoy está al orden del día la conquista de la democracia; debemos ir a su encuentro sin titubeos. Si la salida democrática de la crisis es la obligación nacional de hoy, trazar su proyecto, difundirlo con los medios al alcance, hasta ganarle consenso y convertirlo en conducta de las masas; organizar la lucha por él y mostrarse dispuesto a responsabilizarse por su ejecución es una obligación colectiva de los revolucionarios. *Por eso y para eso vamos a las elecciones.*

Vamos a las elecciones para intentar cambiar las costumbres políticas del país, para introducir los elementos de autenticidad, rectitud, combatividad, flexibilidad, firmeza, que tanta falta hacen. Vamos a las elecciones en busca de conquistar una auténtica representación de la clase obrera en la Cámara de Diputados para lograr el registro definitivo del PCM, y con ellos imponer representantes en el sistema de órganos colegiados y en todos los puestos de elección popular.

Tenemos el propósito de dar un cauce revolucionario al descontento popular para evitar que se convierta en caudal electoral de la derecha y el antigobiernismo reaccionario; para divulgar la idea de los cambios necesarios en la conducción del país; para luchar por un gobierno de coalición democrática y por un nuevo papel y nuevas funciones de la Cámara de Diputados. *Para esto vamos a las elecciones.*

En México, el pueblo vota pero no elige. Sin embargo, las luchas electorales han sido un catalizador de batallas de alcance histórico, todavía no debidamente valorado por los políticos de izquierda. La lucha electoral de 1910 condujo al estallido de la revolución; la de 1928 dio luz a la crisis de los métodos políticos prevalecientes, reveló el descontento nacional y anticipó los sucesos del 29; las de 1934 dieron paso libre a un proceso de rectificación progresista, de ejecución de algunas de las tareas de la revolución democrática burguesa y de reencauzamiento nacional. Desde 1940 se consolida el proceso de regresión ante la ausencia de una alternativa popular. Desde entonces, las elecciones se volvieron un juego entre la derecha y la burocracia política. En 1952 aparece el henriquismo como fenómeno que hace aflorar la crisis de la familia revolucionaria, que resella su unidad con la represión sangrienta. En 1958, 64 y 70 el sistema electoral se deteriora al máximo hasta 1976, que aparece un indicador, quizá el más evidente, de la crisis del sistema político mexicano.

Se puede demostrar que también en México la lucha electoral es, puede ser y será, una forma de lucha de clases que debidamente utilizada servirá para elevar el nivel político y para fortalecer al movimiento revolucionario, con la sola condición de no dejarse atrapar los asentamientos oportunistas.

Con la participación electoral buscamos alcanzar los objetivos que enunció sin orden de importancia:

1. Divulgar en el país, usando los recursos propios y los del Estado, principalmente entre la clase obrera y todos los trabajadores manuales e intelectuales, entre las fuerzas del trabajo y de la cultura, el programa revolucionario del PCM. Popularizar la existencia legal, en México, de un partido comunista; por lo tanto, generalizar la idea de que ser miembro de este partido no es ningún delito; esto mismo respecto al marxismo, en tanto que corriente del pensamiento, doctrina social y política. Nos proponemos avanzar en la conversión de ideología de las masas, la estrategia mexicana al socialismo; el tipo y las modalidades del socialismo para México, así como nuestro carácter de partido autónomo, independiente y a la vez solidario e internacionalista.

2. Nos esforzaremos en propagar las tesis de la necesidad de un cambio democrático en la conducción política, en los tres componentes más destacados:

- a) El gobierno de coalición democrática;

- b) Las modificaciones al régimen político, en especial el nuevo papel del Congreso y la redistribución y reforma de los tres poderes;
- c) El establecimiento de un verdadero sistema de partidos.

3. Asistimos a la contienda electoral para extender la conciencia de la unidad de las organizaciones políticas y sociales revolucionarias (socialistas y comunistas, electorales y extraelectorales), democráticas y de base de masas, como la fuerza nueva capaz de encabezar la salida democrática de la crisis y el renacimiento nacional.

4. La jornada electoral será un combate a fondo contra la reacción pro-imperialista y fascista tanto en sus doctrinas como en sus tesis sobre el país y el mundo y contra las expresiones políticas que adquieren, llámense PAN, PDM, CCE, y la cúpula dirigente de las cámaras empresariales... Vamos a realizar un desmascaramiento a fondo de la naturaleza del gran capital, a luchar contra el sector dominante de la burguesía.

5. Nos proponemos divulgar la imagen del partido comunista, como el partido del socialismo, de la libertad para todos los mexicanos, del antimperialismo y la unidad de los trabajadores; salvaguarda de la independencia y la soberanía nacionales; del internacionalismo. El PCM como una organización partidaria de la solución democrática de la crisis. El partido de la libertad, la democracia y la unidad sindical, campesina y popular.

6. Nuestra campaña electoral puede ser una marcha nacional contra la tortura y el espionaje, contra las violaciones a la legalidad constitucional. Somos y seremos enemigos irreconciliables de las desapariciones, de los secuestros, del terrorismo, y la campaña será una nueva hoja de la historia contra la prisión política como método de gobierno, por la amnistía general y la presentación de los desaparecidos.

7. El PCM durante la campaña electoral será uno de los principales promotores de una política económica y social democrática y popular; de un plan de empleo pleno y calificados; el defensor incansable e inquebrantable de los recursos naturales y de su explotación y comercialización racional, científica y en beneficio nacional con visión al futuro.

8. Con nuestra irrupción en la contienda electoral con registro vamos a impulsar un cambio en las costumbres y las tradiciones más negativas. Nos pronunciamos contra las componendas por arriba, contra la simulación, el fraude y la corrupción. Pronto se verá claro que el PCM no negocia con sus victorias, ni pide ni acepta migajas.

9. Durante la campaña electoral no descuidaremos las demás formas de lucha política: el movimiento huelguístico, la manifestación callejera, la auto-defensa, las marchas; combinaremos la lucha electoral con las demás expresiones de la lucha de clases: la económica, la ideológica.

10. En el terreno estrictamente electoral buscamos:

a) La conquista del registro definitivo del PCM, expediente no cerrado sobre el cual se proyectan las sombras del chantaje y la amenaza.

Mientras a nosotros se nos exige arriar banderas, a otros se les infla con

recursos para agigantar el nuevo globo del oportunismo que, como el PPS a su tiempo, también se desinflarán estrepitosamente. Ésa será la suerte del partido de Bucareli;

b) Llevar a la LI Legislatura una fracción de legisladores relativamente importante, cuya fuerza no radicará tanto en el número, sino en el programa de leyes políticas, económicas, sociales y administrativas en busca de que la Cámara de Diputados cumpla sus funciones y conquiste otras;

c) Trabajaremos para disminuir el abstencionismo y la indiferencia y para erradicar sus causas de fondo, que son la represión, la falta de canales políticos, los chanchullos, las componendas y los fraudes;

d) Lanzaremos los cuatrocientos candidatos a diputados en una demostración de coherencia, de que somos un partido que le disputa al PRI, palmo a palmo, el poder. Las candidaturas comunistas serán también un factor de unidad ofreciendo a los grupos nacionales y locales nuestro registro con la única condición de establecer acuerdos claros sobre el contenido de la campaña, de la conducta probable de los legisladores y del compromiso de mantenerse ajenos a la politiquería;

e) El ensayo de 1979 será un punto de preparación de las elecciones de 1982, a las cuales aspiramos llegar como una fuerte alternativa obrera. Para esto también nos proponemos convertir al PCM en uno de los polos principales de la oposición revolucionaria;

f) Obtener una tribuna para la denuncia y la propaganla y para convertir al Congreso en cristalizador de la iniciativa política y legislativa de los representantes de la clase obrera, desde el cual se influye en la política nacional. Esto también quiere decir que los comunistas inaugurarán, en el México de nuestros días, un nuevo estilo y nuevo tipo de legislador caracterizado por su ligazón con las luchas populares; recto y combativo, honesto y competente, estudioso y documentado; renovador del sistema legislativo y a partir de él de toda la estructura y el aparato del Estado.

11. Finalmente, desde el punto de vista interno aspiramos a salir de la campaña con un partido más unido y desarrollado; a construir la organización en las principales fábricas y centros industriales, en las grandes ciudades del país. Desde el punto de vista del crecimiento, aprovecharemos la ocasión para avanzar en la transformación del PCM en un partido de masas. Esto, en cualquier condición, será el dato irreversible de cómo y cuánto supimos aprovechar la campaña electoral para desarrollar en concreto al movimiento revolucionario. Las nuevas organizaciones de base, los nuevos comités, cuadros y líderes de masas, incorporemos al partido cuantos avances hayamos obtenido.

Por este conjunto de objetivos pensamos que vale la pena intervenir en la campaña electoral. Al final esperamos que la experiencia nos dé la razón. Hoy estamos seguros de no equivocarnos. Ojalá que, en una nueva ocasión, al término de las elecciones, aquí mismo ante ustedes tengamos la oportunidad de hacer un balance público. Ya para entonces se sabrá quién acertó y quién se equivocó.